

## Triunfalismo

«Hay palabras que tienen fortuna, y se ponen de moda. Tal es la palabra «triunfalismo». Así comienza un bello y oportuno artículo del R.P. Roberto Cayuela (1). Esta palabra está en boca de todos y todos al parecer creen entenderla; y sin embargo nadie o apenas nadie la define y explica su contenido. Y parece conveniente hacerlo, porque se presta a significados ambiguos o equívocos y a que uno combata lo que, expresado en otros términos, quizá aprobaría.

Digamos, pues, dos palabras sobre la expresión «triunfalismo», y hagamos unas breves y sencillas reflexiones, siguiendo la ruta iluminada por el R.P. Cayuela y muy en particular por un chispeante y enjundioso artículo del inolvidable Sr. Arzobispo Dim. de Valencia, Mr. Olaechea, a quien rogamos quiera iluminarnos con frecuencia con sus escritos, breves y llenos a la vez de sustanciosa y confortadora doctrina (2).

TRIUNFO se llamaba «la recepción solemnísimas, llena de esplendor, con que el pueblo romano recibía y aclamaba al vencedor, vuelto a Roma después de una gran victoria».

El adjetivo TRIUNFAL califica una manera *análoga* de proceder en cualquier asunto: científico, literario, religioso...

Y en fin TRIUNFALISMO es un neologismo sin definición todavía autorizada. Es difícil definirlo con definición completa y adecuada. —Intentaremos por lo menos cierto análisis y descripción orientadora.

Varios elementos parecen entrar en la expresión TRIUNFALISMO:

1) El elemento fundamental y permanente es sin duda «un empleo de formas triunfales».

2) Pero como sucede en expresiones de formación semejante, v. gr. «optimismo», «pesimismo», «derrotismo» y tantas otras, así también la expresión «triunfalismo» parece incluir cierta «repetición y continuidad de una clase de actos», o «una cierta propensión o tendencia, sea ideológica sea simplemente de voluntad o afecto, a

---

(1) «Cristiandad», n.º 416, Octubre 1965, p. 205 ssq.

(2) «Fuerza Nueva», n.º 135, Agosto 1969, p. 18 sqq.

obrar adoptando formas o procedimientos triunfales, algo así como por sistema, o *a priori*, o elección general, prefijada ya, de una manera de vida».

3) Por el uso, poco fijo todavía, «triunfalismo» parece incluir también cierta *jactancia* o *alarde* en el empleo y manifestación de formas triunfales. Pero no se trata aquí de *jactancia* o *alarde* puramente subjetivos; pues estos actos subjetivos pueden acompañar actos triunfales, y también otros que no lo son, aun actos de pobreza o penitencia. Se trata por consiguiente de una *jactancia* o *alarde objetivo*, apreciable claramente, como tal, en el ámbito externo.

Sin querer entrar en distinciones sutiles, nosotros nos inclinamos a pensar que lo más substancial y aun lo más apto y adecuado para percibir si hay o no hay desde este punto de vista «triunfalismo» es ver si los actos triunfales tienen o no tienen razón de ser, esto es, si van encaminados y ordenados a lograr fines necesarios o convenientes, siempre proporcionados a las modalidades del acto o actos triunfales. Si hay tales fines, las formas triunfales desde este punto de vista serán justas, no podrán ser tachadas de odioso «triunfalismo»; si faltan tales fines, las formas triunfales serán o parecerán a muchos, quizá a los más, formas triunfales inconvenientes y más bien provocadoras, o, hablando en lenguaje cristiano, formas que faltan por lo menos a la caridad y por tanto deben suprimirse o no emplearse.

Pongamos un ejemplo, donde puede verse que, aún usando el mismo término «*jactancia*», «*alarde*», se puede discernir suficientemente si hay o no hay «triunfalismo», atendiendo a los fines de la acción triunfal, de la que se hace alarde. Una nación puede hacer un *alarde* de fuerza v. gr. en unas maniobras guerreras para demostrar su potencia militar y aun su superioridad ante otras potencias enemigas: lo que puede ser acción justa y conveniente en defensa previsora contra futuras desavenencias y choques. Y si esas potencias enemigas no se dan por enteradas y persisten en su adversa actitud, pueden repetirse justamente esos alardes de fuerza cuantas veces se juzgue conveniente para conseguir los fines pretendidos. ¡*Alardes de fuerza!* Y no obstante pueden ser justos por razón de los fines a que se ordenan. Pero «*alardear*» parece incluir repetición de actos hechos simplemente para lucirse, o hacerse ver, sin fines elevados y justos a que se ordenen. Y por tanto parece incluir una complacencia exagerada en las mismas formas triunfales. Por lo cual, así como de un individuo, exagerado o excesivo en manifestaciones de sus cualidades, decimos vulgarmente que «*se pavonea*», lo cual nos desagrada: así también de una sociedad puede decirse que «*se pavonea*», cosa desagradable y poco noble, cuando hace ostentaciones y alardes que podrían bien omitirse o deberían omitirse, por ser exageradas o por lo menos claramente superfluas para los fines pretendidos. Así que, usando el mismo término material para significar una acción, por la sola diversidad de los fines, puede variar la bondad

y nobleza del significado. Y eso precisamente ocurre con el término «triumfalismo». Y por consiguiente puede haber «triumfalismo» odioso, y «triumfalismo» honesto y justo. Los anti-triumfalistas suelen censurar globalmente y sin hacer distinciones todo «triumfalismo» en asuntos religiosos.

Puestas estas nociones y reflexiones aclaratorias para no divagar en la materia, entremos ya directamente en el asunto de este modesto artículo.

Modernamente se censura con acerba dureza el TRIUMFALISMO en la Iglesia. Se quieren en ella formas sencillas y más bien humildes en las manifestaciones religiosas, y en el trato de los dirigentes así de su persona como con los demás, ya que con los de fuera de la Iglesia como con la multitud de los fieles.

En este asunto poco tratado es fácil excederse en la censura o también en la alabanza. Quisiéramos acertar con la «vía media»...

## I

Por lo que en la introducción acabamos de decir, se ve que no es ni puede llamarse «triumfalismo», propiamente hablando, cualquier acto solemne y triunfal. Para censurar de «triumfalismo» a la Iglesia, es preciso probar que el uso y manifestación de formas triunfales es el procedimiento adoptado por ella como por sistema, o por lo menos con manifiesta preferencia en todo el conjunto de su vida. Y si esto, no, que por lo menos adopta formas triunfales sin ordenarlas a obtener fines importantes proporcionados. Por lo mismo muchas acusaciones contra el «triumfalismo» de la Iglesia caen por su base. Recorrerlas todas y hacer ver lo insubsistentes que son, sería demasiado largo. Tocaremos las que suelen parecer principales.

Y una de ellas, quizá en cierto sentido la más resonante y adversa, puede brevemente formularse así: «La verdadera Iglesia es Iglesia de los pobres. Y por lo mismo esencialmente es opuesta al «triumfalismo»».

Este discurso tan difundido y tan triunfalmente proclamado, es en realidad de verdad un discurso no precisamente de pobres, sino sencillamente pobre. Consta de *antecedente* y *consecuente*. Unas cortas reflexiones sobre ambos elementos o componentes, y su composición.

1.) «*La Iglesia es Iglesia de pobres*». — Podría concederse este aforismo o por lo menos permitirse aun en el sentido-punta de que «la Iglesia no consta o no debe constar sino de pobres», y aun así, como vamos a observar poco después, no fluiría la consecuencia. Pero es preciso primero dar por lo menos la distinción o matización más obvia, a saber: «En contraposición a tantas asociaciones, aún religiosas, a las que no pueden pertenecer los pobres de derecho o de hecho, la Iglesia, la verdadera Iglesia que es la Católica, no excluye a los pobres: en ella entran con igual derecho los pobres lo mismo

que los ricos». Y aún se puede añadir que los pobres son o deben ser atendidos con especial afecto y empeño no sólo por su necesidad, sino porque Jesucristo, el Fundador de la Iglesia, fue, no indigente, pero sí pobre, vivió pobre y murió pobrísimo. Y uno de los fines de su divino mensaje era «evangelizar» o «dar la buena nueva» a los pobres (S.Lc. IV,18). Y en fin, este cuidar de los pobres dio El a San Juan como señal de que era «el que había de venir» (S.Lc. VII,22). Y por lo mismo ésta es también una de las características de la verdadera Iglesia de Cristo. Así que en un verdadero sentido la Iglesia es «Iglesia de pobres». Y si no lo fuese en manera alguna, por lo mismo no sería la verdadera Iglesia. Veamos ahora consecuente y consecuencia. Sólo advertiremos que las Iglesias locales o particulares no deben contradecir, sino más bien reflejar el espíritu y conducta de la Iglesia Universal.

2.) «Por tanto, la Iglesia verdadera es esencialmente opuesta al «triunfalismo»». — ¡Qué manera de discurrir! Y aún nos la quieren imponer triunfalmente. Pues bien, negamos la consecuencia. Pero antes queremos distinguir o matizar el consecuente.

Comencemos hablando de las Iglesias locales. Puesto lo cual, es muy fácil remontarse lógicamente de ellas a la Iglesia Universal.

Una Iglesia de pobres puede usar de formas triunfales con cierta frecuencia, y en este sentido puede decirse que usa de «triunfalismo»; y al contrario una Iglesia, compuesta de fieles ricos, puede usar habitual y constantemente de maneras y formas totalmente contrarias a las triunfales. En efecto, en una tribu pobrísima de Africa la Iglesia allí establecida puede para atraer a la gente o para acreditarse ante los de la tribu, puede, decimos, adoptar procedimientos triunfales, es decir, que lo son con relación al ambiente: como arcos y enramadas de flores rarísimas y vistosísimas, danzas, deportes especiales, músicas y coros musicales, refinadísimos para su gusto. Recuérdense las célebres Reducciones del Paraguay, donde se celebraban maravillosas procesiones y fiestas públicas con increíble alegría y regocijo del pueblo y de los espectadores en general. Todo esto, hecho no sólo una vez que otra, en alguna ocasión extraordinaria, sino por costumbre y en multiplicidad de ocasiones y fiestas, sería hoy llamado verdadero «triunfalismo» y como tal criticado y condenado o censurado por los modernos anti-triunfalistas. Y no obstante con ese «triunfalismo» o frecuente uso de formas triunfales, la piedad de las Reducciones era ejemplar.

En cambio, un grupo de intelectuales ricos puede enamorarse de la que llaman «Iglesia de catacumbas»: una iglesia reducida, escondida, apenas visible para que el ruido de lo exterior no estorbe la serena contemplación interna; y pueden hasta presionar al Párroco o Jefe de la Iglesia local para obrar en esta dirección.

Pues bien, si esto lo quieren para sí solos, allá ellos. Pero si lo quieren como norma ordinaria de conducta, habitual y constante para todos, ¿con qué derecho lo hacen? La verdadera Iglesia es Ca-

tólica y es el medio *normal* de salvación. En ella han de entrar todos cuantos puedan. Y esos procedimientos de silencio no son muy aptos para ganar multitudes. No hay que tentar a Dios; el hombre ha de hacer también cuanto está de su parte. Sin pretender molestar a nadie, nos atrevemos a decir que esos intelectuales, absortos en su idea «anti-triunfalista» y deseando una Iglesia del todo pura y despegada de lo terrestre, no consideran íntegra y profundamente la naturaleza de la Iglesia en este mundo...

En esta cuestión del «triunfalismo se ha de tener ante todo bien presente que la Iglesia verdadera no es una sociedad *invisible*. Al contrario debe ser y es esencialmente *visible*: tiene sus Jefes *visibles*; sus leyes, sus juicios, sus fieles *visibles*. Y es convenientísimo a una tal sociedad darse a conocer, puesto que para salvarse TODOS HAN DE PERTENECER A ELLA NORMALMENTE. Es convenientísimo hacer patentes a TODOS los tesoros divinos de que es depositaria para el bien y salvación de todas las gentes. Más aún, para el común de los mortales esto es so sólo conveniente sino casi necesario. Es decir, es necesaria una expresión social, no balbuciente y tímida sino fuerte y magnífica. Estos intelectuales, o amigos de la soledad, para poder entrar mejor en el trato ítimo con Dios, deben pensar no sólo en sí mismos sino también en los demás, muchos más numerosos que ellos. En buena hora que se recojan en soledad y oren también al Señor, Dueño de los corazones, para que los medios extensos influyan eficazmente en el espíritu. Es ésta función principalísima en la santa Iglesia. Y si Dios se lo inspira, entren también en Religiones de clausura, pueblen de Monasterios los lugares solitarios y vivan allí en soledad de hombres y en trato sólo con Dios. Obrarán magníficamente, si llamados por Dios y confiados en El, así lo hacen, y además harán un gran beneficio a los otros miembros de la Iglesia. Pero por favor, dejen al pueblo y a los que no son llamados a esa vocación sublime, que somos sin comparación los más, hacer de cuando en cuando y oportunamente esas grandes manifestaciones religiosas con el esplendor y magnificencia de culto que cae bien cuando se hace por Dios y para Dios. Y por lo menos no critiquen ni vayan repitiendo a tiempo y a destiempo: «Nada de triunfalismo», «Cap triomfalisme»..., queriendo reducir la Iglesia a un «*pusillus grex*», o por lo menos a una sociedad poco más que invisible, que consta de elementos casi tan sólo interiores.

Por la importancia de la materia, repitamos y añadamos: La Iglesia no es invisible sino *visible*. No es solamente «pobreza»: es también y sobre todo «*Fe, Esperanza y Amor*». No es tan solo «silencio y cruz», sino también «*Resurrección y Gloria*». Hay que voltear jubilosamente las campanas después de la gran Semana de Pasión o Semana Santa, y celebrar triunfalmente y con himnos de gloria el triunfo de Cristo en su Resurrección y gloriosa Ascensión. Esto levanta y ensancha el corazón y le da una dirección no tan sólo horizontal hacia los hombres y realidades terrestres, sino una dirección

vertical hacia Dios y al mundo misterioso de las realidades divinas. El fiel cristiano, lleno de alegría, está siempre con una mirada iluminada por la Fe y una inextinguible Esperanza en una vida divina imperecedera «*expectantes beatam spem...*» (Tito II,13), «aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo». Precisamente en estos tiempos se necesita, quizá más que nunca, no olvidar estos aspectos luminosos y alentadores de nuestra Religión. Sería no sólo una ingratitud y una especie de sacrilegio olvidarlos o dejarlos aparte, sino también una orgullosa autosuficiencia; pues no parece sino que con este silencio queremos ayudar a corear el «Ha muerto Dios»: grito actual que sólo es o parece capaz de tolerar una generación degenerada, sin percepción ni sabor de lo divino, que mira y gusta tan sólo las bajas y terrenas realidades sin poder levantarse ni respirar en las altas cumbres de lo espiritual y divino.

Son tan importantes estas ideas, además tan sencillas en sí y a la par tan difíciles de entender en estos tiempos en los que oportuna e inoportunamente se quiere culpar a la Iglesia de lo que con gozo maléfico llaman «triumfalismo» o «constantinismo», que se nos permitirá insistir algo más en ellas, aunque sea de una manera un poco más general y abstracta. El lector nos lo perdonará, y quizá alguno más bien lo agradecerá.

Ante todo es de observar que por lo general y de suyo las formas triunfales, en cuanto tales, pueden ser y considerarse como *medios* o como *finés*. Por lo general no son un *fin*, algo por sí mismo y en sí mismo deseable y elegible. Son simplemente un *medio*; y por tanto, desde este punto de vista, sólo se han de emplear como medio e instrumento para obtener fines dignos. Por eso toda la cuestión, así enfocada se reduce a saber emplear las formas esplendorosas y triunfales cuando por ellas se obtienen mejor, con mayor seguridad y eficacia o con más facilidad, fines necesarios o muy convenientes. Pero para ello es preciso tener muy presentes dos cosas: 1.<sup>a</sup>) las personas a quienes se dirigen las formas triunfales; y 2.<sup>a</sup>) si el triunfo es algo cierto y que valga la pena.

1.<sup>a</sup>) En cuanto a las personas hay que distinguir entre personas cultas y bien formadas, y personas menos cultas o incultas.

Las personas cultas y bien formadas prefieren generalmente, *por lo que a ellas toca*, la sencillez. Van más directamente a la realidad, sin necesitar para sí el aparato y exhibición.

Aún en el terreno *especulativo*, la persona culta y bien formada busca por lo general y oye con agrado las razones, limpias y expuestas en forma sencilla y cristalina, que hablen por sí mismas. En cambio, las personas incultas o poco cultas necesitan frecuentemente lo que diríamos «literatura»: a saber, maneras llamativas de expresar el pensamiento, generalmente en forma imaginativa, sembrada de imágenes, y, aunque, a primera vista parezca extraño, de modo que se excite el sentimiento, aquí religioso-patriótico; con lo cual más

fácilmente se excita la atención, y se percibe y capta más rápida y penetrantemente lo que de otra manera hubiera pasado inadvertido y aún quizá mal entendido.

Y si vamos a la *acción*, el pueblo necesita formas impresionantes que en cierta manera le penetren hondamente. Una procesión del Santísimo, devota pero también triunfal, con música sagrada bien escogida, largas hileras de gente-bien y de gente popular también, con hachas o cirios cantando himnos, con aclamaciones fervientes al Santísimo, impresiona más al pueblo y quizá a todos, y le prepara y mueve a la acción más que una explicación especulativa del dogma. Para un pueblo suficientemente o aún elementalmente formado, todo ese grandioso conjunto es lo que para el sabio, el corto y claro, acegado y tajante silogismo. Es el medio adecuado para grabar en su espíritu más hondamente el misterio, y para impulsarlo a vivir una vida conforme a él.

Hay más. Así como a la gente bien formada y profundamente religiosa en una solemne y devota procesión, le impresiona sobre manera ver honrado a Jesucristo, que tanto se humilló por nuestro bien: igualmente el pueblo sencillo se alegra de que honren a Jesucristo con la mayor honra posible. No se necesitan grandes conocimientos y teologías para entender el amor de Cristo que hasta murió deshonrado en cruz para salvarnos. Y es natural y obvio alegrarse hondamente al verle honrado y aclamado por todos, pobres y ricos, gobernantes y súbitos, como compensación, aunque pequeña, de las grandes humillaciones que pasó por nuestro amor. Esto lo comprende fácilmente aún la gente más sencilla. Y así, una gran procesión, solemne y devota, les hace sentir vivamente esta verdad y los confirma en su culto al Santísimo y en querer participar de este misterio de amor. Por esto las procesiones del «Corpus» se han aceptado y entendido con tanto fervor religioso. Antes de que Clemente V y Juan XXII decidiesen definitivamente la celebración de la solemnidad del «Corpus» en toda la Iglesia, ya se celebraba en diversas naciones «con gran aparato y lujo» (3).

2.<sup>a</sup>) Evidentemente las formas triunfales no pueden eficazmente emplearse sino cuando el triunfo es cierto y manifiesto.

Ahora bien, la Iglesia Católica, única verdadera, guarda un depósito de verdades certísimas, y tiene plena conciencia de ello. Seguros de que están en la verdadera Iglesia, sus hijos tienen también la conciencia de que están en la verdad. Esto supuesto, es un absurdo, un imposible pedir a los católicos que procedan en sus manifestaciones religiosas públicas como si no estuviesen gloriosamente ciertos de que poseen la verdad y están en la única verdadera religión. Esta actitud condescendiente y por condescendencia poco firme aparentemente puede ser a veces adoptada con fruto por una persona que quiere guiar a otra que todavía no ha llegado a la posesión de

---

(3) «Cristiandad», Junio 1969, p. 206 199.

la verdad. Entonces con caridad y sabia acomodación puede a veces hablar como si tuviese las mismas dificultades que el otro cuya dirección ha asumido o se le ha confiado, para que dicha persona se sienta comprendida y en el recorrido del camino hacia la verdad sienta a su lado una compañía inteligente y con ella y como asida de su mano pueda ir superando los obstáculos. Esta actitud se comprende bastante, aunque es difícil tenerla bien y con éxito para los dos. Pero fuera de estos o semejantes casos, el que está plenamente seguro de poseer verdades importantísimas, necesarias para vivir la verdadera vida, mostrará por ímpetu natural su gozo y profunda satisfacción y se complacerá en manifestarlo, sobre todo si sabe de esta manera no sólo dar testimonio de la verdad sino además un testimonio que puede ser motivo de seguridad a otros todavía vacilantes, y un rayo de luz para aquellos que todavía están entre tinieblas y oscuridades.. Ver la seguridad de gente culta e inteligente, tan culta e inteligente o quizá mucho más de lo que es uno, es un comienzo para buscar con espíritu bien dispuesto la verdad, y una vez hallada, para animarse a abrazarla y perseverar en ella con resolución y firmeza.

Y por consiguiente en estos casos la manifestación de la verdad en forma triunfal hace por lo general bien a todos: a) *a los que poseen la verdad*, porque la conciencia de poseer ese gran tesoro da un gozo incoercible que necesita comunicarse y quiere comunicarse y contagiar; b) y *a los que todavía no la poseen*, porque la seguridad gozosa y manifiesta de los que poseen la verdad da a los otros impulso para comenzar a reflexionar en busca de ella; o bien para que se determinen a eliminar dudas y fluctuaciones, con frecuencia morbosas, o adoptar resoluciones eficaces en vista de la firme posesión de la verdad que irradian los manifestantes.

Así que es contraproducente y es desconocer la psicología del pueblo y en general de los hombres, oponerse en tesis y por regla común a tales manifestaciones, admitiendo tan sólo excepciones, cuando más bien parece que conviene obrar a la inversa. Así ha sido siempre cuando una fe viva ha encendido el corazón de un pueblo. Cuando en el Concilio de Efeso salían los Obispos del recinto Conciliar después de haber defendido que la Virgen era «verdadera Madre de Dios», la multitud enardecida ni supo ni podía contenerse; y con aclamaciones y hachas encendidas acompañó a los Padres a sus domicilios. Y así pasa siempre en las grandes ocasiones, si no se oponen o imponen fuerzas contrarias.

Indicio parece de poca fe en nuestros tiempos insistir tanto en la sencillez de las manifestaciones religiosas y de los que ejercen la autoridad religiosa, como norma ordinaria de conducta, habitual y constante para todos.

Por de pronto la Iglesia Católica, depositaria de celestiales riquezas y adornada de multitud de dones y gracias en orden a la salvación y santificación de los hombres, siente necesidad de darles a

conocer ese inmenso tesoro para que se aprovechen de él. El Sr. Arzobispo Dim. de Valencia, Mr. Olaechea, oportunísimamente señala con especial fuerza el don preciosísimo, exclusivo de la Iglesia Católica, de tener a su Jefe y Pastor supremo «revestido por Cristo de tal prerrogativa de magisterio que ni se puede engañar ni engañar a los otros al definir, en virtud de la misma, las verdades contenidas en la divina Revelación. — Ella presenta al mundo a su Pastor supremo dotado de un «magisterio ordinario» que exige reverencia y sumisión. — Ella presenta al mundo a su Pastor supremo como Jerarca inapelable, dotado por Cristo de tanta autoridad de jurisdicción, de por sí solo, que no la puede aumentar ni menguar la de nadie, ni la de todos los demás juntos...» (4). Dar a conocer, aun públicamente en toda oportunidad y con toda claridad tal don y tal prerrogativa no es triunfalismo; es obligación sagrada de gratitud, y deseo ardiente de contribuir al bien espiritual de los hombres, mostrándoles el designado por Cristo para guiar con plena seguridad por los caminos de la Fe y de la Esperanza, sin necesitar de ninguna colegialidad ni del voto de nadie para cumplir esta sublime misión. — Y así podríamos seguir hablando de otras prerrogativas concedidas por Cristo a su Iglesia.

Y en cuanto a los que ejercen la autoridad, sin duda puede haber y de hecho ha habido y habrá en adelante excesos, como pasa en todos los asuntos vitales cuyos límites y contornos no pueden fijarse matemáticamente. Pero en general debe notarse que el pueblo siempre ha querido que la autoridad, la suya, proceda con dignidad aun en su porte exterior. Nadie sufriría que los hombres, que ejercen autoridad, se presentasen como un rústico cualquiera, o como un hombre de la calle, uno de tantos; y menos aún que vistiesen desmazaladamente, poco más que como un mendigo, para atestiguar que la Iglesia es «Iglesia de pobres». Nadie, sino algún insensato o humorista, desearía que el Sumo Pontífice anduviese fuera del Vaticano con blusa y alpargatas, o fuese a pescar, como S. Pedro, en algún lago o río, usando pobre barquilla. A pesar de todas las teorías de sencillez y pobreza, por brillantes que sean, en contra de costumbres universales cuyo origen se pierde en la lejanía de los tiempos, un sentido común fundamental queda en el espíritu de las muchedumbres que se resiste a ciertas novedades extremosas. Evidentemente que los hombres, que ejercen autoridad, sobre todo la autoridad pública, deben también proceder en su trato personal con sobriedad y medida. Pero esto no puede fijarse con exactitud absoluta, y en concreto se debe siempre atender al ambiente social y religioso que rodea a los hombres públicos. De todos modos no hay duda que la sencillez es muy atractiva, y la tendencia quizá deba ser a regirse lo más posible por sus normas, o mejor aún a vivirla con verdad y no usarla tan sólo como traje mudable o cosa postiza, y me-

---

(4) «Fuerza Nueva», l.c., p. 19, cl.b.

nos aún con afectación y refinada soberbia; que de todo puede haber.

Aquí vienen con grande oportunidad unas observaciones atinadísimas, dignas de todo aplauso, de Mr. Olaechea. Valdría la pena de copiarlas íntegras. En ellas nos dice con sobrenatural prudencia y espíritu netamente Romano que quien ha de juzgar de los excesos que puede haber es el Romano Pontífice con los medios de ejecución que él juzgue oportunos. Dice así en su sabroso estilo respondiendo a cierta dificultad que presente en sus lectores: «Fácil es que quien haya tenido cuajo para aguantar el rollo que le estoy ofreciendo, me diga: triunfalismo, sí, sin alardes; triunfalismo, sí, pero no tanto; porque la sobrecarga y el bulto de las muestras de superioridad y triunfo, particularmente en los Pastores, pueden dar por sí solos en rostro y afean el de la Iglesia Católica; tanto más cuanto nos proponemos que sea la «iglesia de los pobres»... Tiene razón mi paciente lector; pero la podadera que despoja al bello tronco del ramaje y follaje que lo afean, las tijeras que corten hopalandas clericales, el agua que las destiña, el raspador de títulos y honores de la Iglesia Católica, los ha puesto Jesucristo en manos de su Vicario en la tierra; y quien, sin dejárselos él, los usa, roba... Hay quienes dicen que quedan en la Iglesia Católica, y para rato, fronda que podar, telas que cortar y desteñir y títulos que raspar. — Dios dirá. El inspirará al Sucesor de Pedro tiempo e intensidad de podas, de cortes, de destiñez y raspaduras, como ha inspirado de reciente a la paterina prudencia de Paulo VI...»

## II

No siempre las formas triunfales son meros medios e instrumentos para lograr ciertos fines. También se pueden buscar y elegir las formas triunfales como actos de culto y maneras de glorificar a Dios, al cual se debe la máxima gloria que podamos tributarle. Entonces en las almas de los que quieren dar gloria a Dios con toda verdad, esas formas triunfales nacen de un deseo, más o menos ardiente, de dar a Dios el máximo honor y gloria que esté en nuestra mano. Porque toda honra y todo honor se debe a quien está sobre todo cuanto le podemos ofrecer en obsequio y alabanza suya; fuera de que con estas manifestaciones de júbilo y de gloria se puede impresionar y atraer a la religión a muchas almas no envenenadas aún por campañas de gente más intelectual y teórica que práctica.

Entonces, desde este punto de vista, se busca y elige no la forma triunfal, en cuanto tal, sino la forma máxima posible de glorificar a Dios, la «gloria externa de Dios», la mayor que se pueda, sabiendo que todo es poco para Dios, pues en todo honor y gloria, a El ofrecida, se presenta siempre al espíritu del creyente, por poco esclare-

(5) «Fuerza Nueva», l.c., cls.b y c. p. 19.

cido que sea, la impresionante verdad: «*Deus semper maior*», Dios siempre, siempre es mayor, y merece más y más.

Lo único que hay que tener en cuenta, desde este punto de vista es que no se empleen formas de glorificación que, o por la poca religión de los espectadores o por análogos motivos, causen desedificación y resten por otro lado gloria y honra a Dios. Pero hay o puede haber mucho de *fariseísmo* en este repudio de formas exteriores por tal motivo, porque es fácil caer en la cuenta de que a Dios se debe todo honor y toda gloria, individual y comunitaria, cuanto más y más, mayor y mejor. Y esta verdad es bien fácil de entender.

Pero además da el caso, hablando en concreto, que en España quienes censuran las formas triunfales, no pocas veces son precisamente gente buena y culta, aunque quizás más intelectual y teórica que práctica. A éstos es preciso hacerles ver y caer en la cuenta que su mentalidad no está bastante conforme con las realidades concretas. No parece impresionarles mucho la grandeza de Dios a cuya gloria todo se ha de ordenar: lo individual y lo colectivo, en el mayor grado posible; y aun así, todo será poco. Ni tampoco quizá se hacen bastantemente cargo de la psicología del pueblo, a quien generalmente impresiona y causa, como dicen, impacto el espectáculo grandioso y las afirmaciones solemnes, al paso que la callada e íntima consideración de las cosas, que tanto deleita a los intelectuales, le deje a él desasosegado y frío o vacío. Y en tal caso la palabra de otro no sacará al alma popular de esa frialdad o vacío si no es a fuerza, no de verdad pura y fría, sino de verdad expuesta en forma impresionante, y si puede ser, al rojo vivo. Pero ese «*rojo vivo*» se alcanza sobre todo con la llamada «*Unción sagrada*» que unja tanto la materia como más aún la forma de predicar: Unción nacida principalmente de una vida sacerdotal de quien vive de Dios y no busca sino ganar almas para Dios.

Nosotros creemos que ante verdades tan sencillas y tan fáciles de captar como son «qué es y significa la gloria de Dios, esto es, *el bien externo de Dios*, que debemos procurar cuanto podamos a lo menos por agradecimiento», parece *fariseísmo* o desconocimiento del corazón humano, empeñarse tercamente en tomar por actos desordenados de «triumfalismo» lo que parece pedir manifiestamente nuestro deber por tantos motivos de rendir culto y gloria a Dios cuanto más podamos, aunque siempre según la capacidad y modo de ser, ya sea popular ya de persona culta.

### III

Con estas líneas querríamos haber contribuido, un poco siquiera, a desterrar, lo más lejos posible, esa mentalidad que tacha de «triumfalismo» cualquier acto público y comunitario, verificado con pompa y esplendor para gloria de Dios. Aun prescindiendo de que no se cumple aquí el concepto de «triumfalismo», el cual requiere

un proceder habitual y por sistema o la falta de fines dignos y levantados, indigna que se censure hacer por Cristo lo que muchos de los censores y acusadores procuran afanosamente por sus líderes e ídolos terrenos. Nos acusan de «triunfalismo» y ellos lo buscan ferozmente. Buscan mítines resonantes, alardes de fuerza aún fingiendo lo que no hay. Y eso, que no raras veces se trata de líderes de quienes más bien deberían avergonzarse.

Un pueblo bien formado, conocedor de Jesucristo y que ama a Jesucristo, por necesidad emplea formas triunfales, por lo menos en las grandes ocasiones, y goza de emplearlas. Quiere mostrar ante cielos y tierra, cuanto más alta y potentemente mejor, su agradecimiento y amor a quien siendo Dios, se abajó hasta tomar forma de esclavo por nuestro amor. Y en fuerza de este amor y agradecimiento todo le parece pobre y poco.

Estos actos «triunfales» los necesita su espíritu, y además con ellos crecen y se nutren espiritualmente las generaciones jóvenes y se forman esos pueblos compactos y unidos en una fe religiosa que son la admiración y asombro de todo noble espectador; fuertes en la Fe, aun en la adversidad (5), capaces de desafiar y vencer al tirano que los quiere apartar de su fe. De entre ellos brota todo género de heroísmos.

En otro tiempo nuestro pueblo mereció el calificativo de «pueblo teólogo». A esta teología o sabiduría religiosa contribuyó en gran medida un verdadero «triunfalismo religioso» deleite del pueblo; procesiones solemnes, sembradas de imágenes y de simbolismos religiosos; autos sacramentales que eran públicas y solemnísimas manifestaciones de culto y adoración al misterio de la Eucaristía; y tantas otras formas de piedad por este estilo, grandioso y embriagador, enormemente sugestivo y aleccionador o magisterial para todos, pero sobre todo para el gran pueblo cristiano. Por esto parecen cometer una especie de sacrilegio los que en nuestro tiempo, por añoranza

---

(5) En sus valientes homilias, densas de contenido y de direcciones claras y muy útiles para hoy, el Sr. Arzobispo de Barcelona toca alguna vez de pasada este tema del «triunfalismo». Suyas son estas palabras: La religiosidad que llaman sociológica «no es perfecta, y tenemos que perfeccionarla, pero no seamos ligeros en nuestros juicios; esta religiosidad llamada sociológica no es puramente una apariencia exterior, es el fruto también, la convergencia de múltiples acciones espirituales que han brotado del interior de muchas vidas santas a lo largo del tiempo: padres y madres de familia, cristianos buenos que pertenecieron a esa sociedad, asociaciones, grupos que pudieron constituirse al amparo de un modo de vivir y de determinadas condiciones sociales, todas las cuales fueron promoviendo reacciones magníficas, sacrificios y actos de penitencia, oraciones privadas y públicas, formas sociales y colectivas de religiosidad que no aparecieron un día como fruto de una improvisación artificial, sino que fueron el resultado progresivo y lento de un esfuerzo respetabilísimo de las generaciones anteriores. ¿Por qué lo vamos a despreciar?» *Fuertes en la Fe*, conferencias y homilias cuaresmales; viernes Semana IV de Cuaresma, 29 de Marzo de 1968, p. 107; Edit. Balmes - Barcelona.

de sencillez que más bien parece pobreza y raquitismo de espíritu, suprimen o recortan procesiones, arrinconan imágenes, quieren ¡oh dolor! ocultar y vulgarizar hasta los Sagrarios, eliminan toda clase de exhibiciones hechas con alguna solemnidad y esplendor, y sólo se sienten satisfechos cuando en silencio alienta un «*pusillus grex*» que casi parece querer esconderse caminando de puntillas para que no oigan sus pisadas que han de ser silenciosas, humildes y nada triunfales. Todo en silencio, en la intimidad, ahogando el grito expansivo de adoración y alegría que pugna por brotar del corazón.

No es ésta la manera de guiar y conducir al pueblo. Los conductores de masas nos dan ejemplo. Ellos hacen grandes concentraciones, forman coros hablados, cantados, en los que una y muchas veces se afirman y repiten clamorosamente por multitud de jóvenes electrizados las ideas que se pretende inculcar, acuñadas en sentencias breves y tajantes. Música valiente y triunfal lo acompaña y realza todo. —Pues si para inculcar cosas terrenales y efímeras, con frecuencia perturbadoras y falsas, se usan estos medios que innegablemente entusiasman al pueblo, por lo menos a los jóvenes y son como una expansión necesaria de la vida que bulle en el interior, ¿las proscribiremos nosotros, los católicos, sin más, y será imprudente e ilícito usarlas para vigorizar e inflamar los ánimos de las multitudes a gloria y honra de Dios? El nos libre de este pecado y de dar esta satisfacción a Satanás.

En vez de censurar estos actos esplendorosos y solemnes, lo que deberían hacer estos censores o acusadores, ya que dicen que obran, y así será sin duda con recta intención y buena voluntad, es abogar fortísimamente y sin descanso, con toda la fuerza de su ingenio, por lo que ha de ser la raíz fecundísima de toda sana religiosidad: una INSTRUCCIÓN DEL PUEBLO, INTEGRAL Y PROFUNDA, de lo cual ya hemos hablado en varias ocasiones. Esta es la raíz o la causa: el «triunfalismo», razonable y sano, es el fruto o uno de los frutos. —Primero se ha de poner la causa y ahondar la raíz: pero después, dejémosla producir sus frutos, frutos de entusiasmo, de aliento y esperanza, para caminar con pie firme, y ánimo alentado y gozoso estas jornadas, a menudo tan fatigosas, de la presente vida.

#### IV

Jesucristo Nuestro Señor no usó propiamente de «triunfalismo», empleando formas triunfales como norma ordinaria de conducta. Pero con su ejemplo nos enseñó a saberlas emplear oportunamente en ocasiones. Ciertamente las rechazó cuando se las proponían para lograr egoístamente mediante ellas provechos puramente temporales como cuando le querían hacer Rey (S. Juan VI, 15. — Véase VI 26). — Pero otras veces las aceptó y las empleó para fines espirituales, convenientes a su misión redentora.

Forma triunfal es la multiplicación de los panes y peces, realiza-

da dos veces ante grandes multitudes, en las que sólo los hombres eran 4 ó 5.000, sin costar mujeres y niños. «Para no desfallecer en el camino» podía haberles esforzado y confortado *calladamente*. — Forma triunfal la resurrección de Lázaro con tanta preparación y aparato ante un grupo grande de espectadores. Y así otros milagros. Todos ellos iban encaminados, como a fin principal, a que le reconociesen por «enviado del Padre». Expresamente en la resurrección de Lázaro dijo Jesús que la hacía «...a fin de que crean que Tú me enviaste» (S. Juan XI, 42). — Forma triunfal es también la ida al templo el Domingo de Ramos, aclamado solemnemente por las turbas. En esta ocasión hasta reprendió a los Fariseos y Príncipes de los Sacerdotes porque le pedían que las hiciese callar, añadiendo que si ellas callaban, las mismas piedras clamarían (S.Lc.XIX,39-40). Y en fin formas triunfales son la transfiguración y toda su vida gloriosa en la tierra después de la Resurrección, coronada con el hecho triunfalísimo de la Ascensión y el no menos grandioso y llamativo de Pentecostés.

Y aun podríamos añadir: con el canto de los Angeles en Belén el Padre Celestial a su Hijo Unigénito lo presenta al mundo en forma triunfal; y en su bautismo con una voz bajada del cielo confirma y sella divinamente la inauguración de su vida pública (S.Lc.III 21 sqq.); y durante ella la voz del Padre Celestial resuena a veces ante la muchedumbre (S.Juan,XII,28 sqq.) con lo que un halo de divinidad corona y circunda la persona de Jesús (6).

Además Cristo Nuestro Señor participaba en las grandes fiestas de su pueblo: fiesta de la Pascua, fiesta de los Tabernáculos. — Y ahora mismo en la gloria del cielo inspira o impulsa a grandes manifestaciones, como la procesión del Corpus, la fiesta solemne del Sagrado Corazón, probablemente el que la imagen de su Corazón se ostente en los estandartes reales del Rey de Francia; y otros actos semejantes, aún más grandiosos como la Consagración del género humano al Sagrado Corazón hecha por León XIII «a quien una Religiosa del Buen Pastor Soeur Marie du Divin Coeur Droste zu Vischering. Superiora del Monasterio de Porto en Portugal había transmitido el deseo expreso y formal de Nuestro Señor de que esta consagración fuese pronunciada» (7).

*La Santa Madre Iglesia ha seguido el ejemplo de su Fundador y*

---

(6) Con un dejo de bien merecida ironía agudamente arguye así el R. P. Cayuela: «Por el modo de hablar de los nuevos fautores del anti-triunfalismo, no parece sin que ellos tal vez hubiesen aconsejado al P. Celestial que cuando Jesús nació en el portal o cueva de Belén, lo hubiese dejado escondidito sobre las pobres pajas del pesebre, y no hubiese enviado aquella luz celeste que inundó de claridad divina el valle de Belén...» Y prosigue en este estilo irónico concluyendo así: «Bien se ve que no piensan como ellos el Padre Celestial y el divino Salvador» («Cristiandad», l.c., p. 207, col. a y b en I.)

(7) «Histoire de la Dévotion au Coeur de Jésus» por A. Hamon, V, 185-188.

*Maestro*. Sea lo primero el ejemplo clarísimo de su liturgia. Este argumento lo desarrolla con lucidez y vigor el P. Cayuela. Con santa indignación comienza con estas inflamadas palabras: «Parece mentira que los adversarios del «triumfalismo, muchos de los cuales tienen siempre en sus labios y en sus manos la Liturgia, sean tan míopes en la vista de su alma, que no vean en la misma Liturgia todo lo contrario; y cómo ella les desaloja de sus posiciones engañosas, y muestra evidentemente el verdadero sentir con la Iglesia» (8). Y después de algunas observaciones más generales, prosigue: «Pero hay tres festividades litúrgicas... que son aptísimas singularmente para hacernos vivir, en unión de la Iglesia, el victorioso triunfo de Cristo; son la 'Corpus Christi', la del Sagrado Corazón de Jesús y la de Cristo Rey» (9). Y luego va dando, en breve pero luminosa síntesis, las razones de por qué la Santa Iglesia celebra esas fiestas con tanto esplendor. Son más o menos las mismas que nosotros hemos apuntado para la fiesta del 'Corpus'.

En este argumento, lo más importante a nuestro modesto juicio es hacer ver que la Santa Iglesia no se contenta con un esplendor y pompa, por decirlo así, de callada intimidad y recogimiento: forma triunfal, pero manifestada tan sólo con deseos íntimos, súplicas fervorosas y en general con formas que no traspasan el templo. La Santa Madre Iglesia desea, procura y promueve que las multitudes aclamen a Cristo «*ovantes*» (= con ovaciones) en los templos y al aire libre, con pompas, actos y regocijos públicos. Si a eso algunos quieren llamar «triumfalismo», ¡bienvenido sea ese «triumfalismo»! Lo desea y nos lo enseña nuestra «Madre y Maestra», la Santa Madre Iglesia. Es conveniente insistir en este punto crucial. Y por eso vayamos a lo más seguro: al *Magisterio de Roma*.

Los ROMANOS PONTIFICES nos declaran más en concreto cómo desea la Iglesia que se celebren esas grandes fiestas del pueblo cristiano. Pues bien, los Romanos Pontífices han bendecido y alentado los grandes Congresos Eucarísticos, tanto nacionales como mundiales, enviando a ellos sus Legados, y hasta hablando ellos mismos y usando los modernos medios de comunicación que resuenan potentes por todo el mundo (10). — Asimismo, en las conmemoraciones de grandes acontecimientos religiosos han visto con agrado las solemnes fiestas y manifestaciones llenas de pompa y esplendor. Citemos como ejemplo las palabras de S. Pío X, cuando, apenas elegido Papa, se afanaba por celebrar dignamente el 50 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada. El mismo año de su elección, 1903, en Carta del 8 de Septiembre, confirma la Comisión Cardenalicia nombrada por León XIII para «*adherirse al deseo de los fieles de todo*

---

(8) L.c., p. 208, col.a.

(9) L.c., p. 209, col.a.

(10) Véase la tan útil y preciosa Colección de Documentos Pontificios sobre la Santísima Virgen en la BAC, n.º 128 «Doctrina Pontificia», IV, Documentos Marianos, por el R. P. Hilario Marín, S.J.

*el mundo* de que este aniversario se celebrase con *solemnidad extraordinaria*» (11). Qué entendía el Santo Pontífice por «solemnidad extraordinaria» lo declara poco después (2-IX-1904) en su admirable Encíclica «*Ad diem illum*», nunca bastante estudiada: «Ciertamente ningún honor es más deseado (por María), ninguno le es más agradable que el que conozcamos debidamente y amemos a Jesús. Por tanto, concurren multitudes de fieles a los templos (12), haya festividades pompas, haya regocijos sociales y públicos (*laetitiae civitatum*): cosas que sirven no poco para fomentar la piedad. Con todo, si a eso no se *añade* la voluntad interior, tendremos formas que solamente ofrezcan apariencia de culto» (13). — Dos elementos distingue y propone el Santo Pontífice para honrar y dar culto a la Virgen: el exterior, que describe con bastante detención y el interior. Los dos son necesarios, como el alma y el cuerpo en el hombre. Del elemento exterior (festividades y regocijos, aun sociales y públicos) dice taxativamente que «non mediocres usus afferunt ad pietatem fovendam». ¿Con qué derecho, pues, los anti-triunfalistas los mandan suprimir o rebajar, y parecen darles en rostro, pues toman pretexto de ellos para censurar a la Iglesia?

También Pío XII, al exhortar en «*Haurietis aquas*» a que se celebre el centenario de la institución por Pío IX de la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia universal dice que «desea vehementemente que en todas partes el pueblo cristiano conmemore este centenario solemnemente con actos *públicos* de adoración, acción de gracias y reparación al Corazón divino de Jesús» (14). Y especificando algo más, añade que «estas solemnidades de *cristiana alegría* y cristiana piedad se celebrarán con peculiarísimo ardor religioso... en la Nación, en que, no sin designio (*nutu*) de Dios nació la santa virgen fautora y propagadora infatigable de este culto (15). Así pues Pío XII desea vehementemente actos *públicos* y solemnes de *cristiana alegría* para gloria del Sagrado Corazón.

Corona y confirmación de todo lo expuesto es la fiesta magna de Cristo-Rey, instituida con grandes esperanzas y con grande amor por Pío XI. La comenta con verdadera inspiración el R. P. Juan Manuel de Igartua en su libro «El misterio de Cristo Rey», rigurosamente exacto y a la vez canto triunfal. Copiemos algún fragmento: «...Con exacto conocimiento del alma del pueblo, a quien le hablan los sentidos y la presencia de las cosas más que los documentos, instituyó (Pío XI) la fiesta para conmover y enseñar a los fieles. «Los docu-

---

(11) L.c., n.º 481.

(12) El texto latino dice «*fideliium celebritates in templis*», no «*festorum celebritates*». Por tanto se trata de «grandes concursos, concurrencias. Por tanto bien se traduce en BAC, l.c., «llenen las multitudes los templos».

(13) BAC, l.c., n.º 490, p. 373.

(14) A.A.S., vol. 48 (1956), pp. 352-353.

(15) *Ibid.*, p. 353.

mentos hablan una sola vez, las fiestas todos los años y perpetuamente; aquellos tocan sobre todo la mente; éstas, en cambio, no sólo la mente, sino también el corazón y, en suma, todo el hombre..., de modo que a través de la variedad y de los ritos sagrados convierta las enseñanzas divinas en carne y sangre (16). Y unas páginas antes, en síntesis emocionante, escribe, o más exactamente canta el autor el triunfo de Cristo Rey: «Este es el progreso del triunfo de Cristo Rey. Del fondo de los altares ha salido a la vista de las muchedumbres. Y en los Congresos Eucarísticos como en Budapests, o Buenos Aires, o Chicago, o Barcelona, o Río de Janeiro, ha sido paseado en triunfo, ya en espléndida procesión por las calles modernas de la gran ciudad, ya entre millares de cirios reflejándose en las aguas del gran río, ya por el esplendor del puerto cuajado de navíos. Y así en Río de Janeiro, la imagen gigantesca del Rey del monte Corcovado presidió el triunfo eucarístico de Cristo-Hostia, y en Barcelona se oyó la voz de España consagrándose a la Eucaristía bajo la sombra del Templo expiatorio del Tibidabo. Porque nuestra España es el país de los triunfos antiguos del Sacramento, donde las procesiones del Corpus y las escuelas únicas de religión de sus autos sacramentales «para espiritual recreación de cuatro demacrados ascetas que parecían hechos de raíces de árboles», todavía viven y renuévanse entre sus costumbres. Ningún otro país del mundo puede presentar el ejemplo de sus grandes literatos, católicos entonces hasta la médula, presentando las fórmulas sublimes en poesía escénica. Tal vez sea Calderón, con Dante, el genio que más pura poesía ha producido, si verdaderamente religión es poesía y misterio adorado» (17).

Nada ni mejor ni igual podemos nosotros añadir. Terminemos deseando ardientemente y haciendo votos para que los fieles, llenos de alegría y santo entusiasmo, den siempre hasta el final de los siglos testimonio de su fe, con solemnidades extraordinarias, en las que aparezca clara y manifiestamente que están llenos de júbilo por pertenecer a la única Iglesia verdadera, la Santa, Católica, Apostólica y Romana Iglesia; y que están satisfechos y agradecidos a Cristo Nuestro divino Redentor por habernos dejado, como Vicario suyo, al Romano Pontífice, dotado de la gran prerrogativa, exclusiva suya, de un Magisterio infalible, cuando habla «*ex Cathedra*», y que a la luz inextinguible de ese Magisterio, siempre venerable aun en su función ordinaria, quieren celebrar con sociales y públicas alegrías y regocijos las grandes festividades litúrgicas, como son muy particularmente las de «Corpus Christi», «Sagrado Corazón» y la de «Cristo Rey»; y podríamos añadir para España, la de la Inmaculada.

---

(16) «El Misterio de Cristo Rey», Cp. VIII, II, «La liturgia de la Fiesta de Cristo Rey». Entre comillas aduce el autor las magníficas palabras de Pío XI. — La obra está editada en el «Mensajero del Corazón de Jesús». Apartado 73, Bilbao (1956), pp. 242-243.

(17) Obra citada, l.c., pp. 235-236.

Esa alegría santa, social y pública, no se extinguirá jamás a pesar de tener tan tristemente valientes y no esperados adversarios. A pesar de ellos y aun de toda la rabia del infierno subirán siempre al cielo las voces de júbilo y los himnos de gloria que el pueblo «cristiano» fiel desde este «valle de lágrimas» entonará mirando con esperanza y amor a la venturosa Patria, donde ya nos esperan tantos que con nosotros cantaron en el destierro las glorias de Nuestro Señor y Redentor.

¡Bendito sea éste, si así se le quiere llamar, «triunfalismo», pero «triunfalismo» santo, vivificante y confortador, que nos eleva y sublima despegándonos poco a poco de nuestras profundas aficiones terrenas que nos apesgan y quieren que, inclinados los ojos al suelo, hagamos del destierro la patria, de la tierra el cielo! «...La Iglesia Católica, concluiremos haciendo nuestra la expresión relampagueante y henchida de fe, del Sr. Arzobispo D. de Valencia, Mr. Olaechea, la Iglesia Católica fue, es y será siempre triunfalista. No puede dejar de serlo» (18). Infinitas gracias a Jesucristo que nos ha merecido y concedido este preciadísimo don de pertenecer a ella y sentir con ella.

FRANCISCO SEGARRA, S. J.

*Casa de S. Francisco de Borja  
Gandía (Valencia)*

---

(18) «Fuerza Nueva», art. citado, p. 18, col.c.